

UC Santa Cruz

UC Santa Cruz Previously Published Works

Title

Tropos Desterritorializados

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/5n0015c3>

Author

Delgado-P., Guillermo

Publication Date

2023-12-12

Peer reviewed

Asociación de Estudios Bolivianos
Bolivian Studies Association

Revista Boliviana de Investigación
Bolivian Research Review

VOLUMEN 13 / NÚMERO 1
MAYO, 2018



Revista Boliviana de Investigación,
vol. 13, núm. 1 (mayo, 2018): 179-186

Rodrigo Hasbún. *Los afectos*
La Paz: El Cuervo, 2015. 140 pp.

Sulma Montero. *Serena*
La Paz: Editorial 3600, 2015. 88 pp.

Alfredo Grieco y Bavio. *Plato Paceño*
La Paz: Plural editores 2015. 185 pp.

Tropos desterritorializados

Guillermo Delgado P.

En el año 2015 se publicaron tres volúmenes literarios que privilegian el tropo desterritorializado del *viaje*. Son novelas. Como quien vive en un escenario intangible, efímero, coinciden estos novelistas, separadamente, con el habitar realidades de mundos fragmentados. Mi rol como lector es privilegiar aquí esos espacios narrativos que descentran al país boliviano en el contexto de sorprendentes desplazamientos que la globalización ha recreado como *mal de siècle*.

Personajes y ámbitos se entrecruzan en estas novelas: desde la lejanía de una Alemania que se derrama entre las grietas del suelo latinoamericano hasta la proximidad de la Argentina, el Chaco, el Paraguay, el Brasil. A diferencia de narrativas de la literatura boliviana que tienen algo de herméticas,¹ *mediterráneas* se ha dicho alguna vez, estos textos se detienen en una Bolivia como espacio cultural al que se llega o desde el que se parte. Los desplazamientos

1 Sin duda, he pensado en *Felipe Delgado* de Jaime Saenz, también *En el país del silencio* de Jesús Urzagasti, en los cuentos mineros de René Poppe o los de Víctor Montoya. También en las novelas de Néstor Taboada Terán, en la sostenida obra de Manuel Vargas e incluso en la más reciente *Hablar con los perros* de Wilmer Urrelo.

retratados son inestables y ocupan espacios frágiles, son a veces instantáneos o pasajeros, en un mundo de diálogos que añoran cierta proximidad humana, un antídoto contra la alienación del presente. El novelista Juan Pablo Piñeiro, como respondiendo, extrajo de sus lecturas urzagastianas una sabia observación: “Quien quiera navegar en la imaginación primero deberá cruzar a pie la realidad”. Así, memorias, filias y fobias, emociones, prejuicios, reflexiones e inflexiones que, provocantes, se tropiezan en jornadas viajeras. Se nos ofrecen, en suma, esas profundas paradojas del habitar, el deambular a menudo sin sentido, casi arrastrados.²

He notado que, como lector, a veces solo me detengo en frases y oraciones, ese “espíritu de la letra” (Carlos Medinaceli) que me remite o distrae en intertextos en vez de considerar *la enteridad* de las obras. Aquí, sin embargo, con el ánimo de alentar la lectura, van unos comentarios a las novelas de Sulma Montero, Alfredo Grieco y Bavio y Rodrigo Hasbún.

Los afectos

De esos mundos desplazados y dispersos, Rodrigo Hasbún recoge en su novela *Los afectos* (2015) una historia que juega con pasadas sagas, provocantes de aquello que los alemanes llaman *Anfechtungen* –tribulaciones, penas–. Como las otras novelas que aquí comentamos, tiene como tropo el viaje, un viaje vertical y un descenso. Ese movimiento también podría trasladarse como metáfora de triunfos y derrotas, de cierta inmolación de una familia que, como tropo, se presta a ser novelada. Un personaje nos advierte: “No es cierto que la memoria sea un lugar seguro. Ahí también las cosas se desfiguran y se pierden”. En *Los afectos* se vuelve a confirmar aquello que Borges nos dejó como legado: “El propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado

2 Tal vez podría insinuarse cierto diálogo temático con autores como Liliana Colanzi (*Vacaciones permanentes*, 2011) y Maximiliano Barrientos (*Diario*, 2009), legítimos representantes de una literatura boliviana del neoliberalismo como ausencia de sentido, tedio ensimismado.

y –paradójicamente– es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado”.

El de Hasbún es un libro bellamente logrado. En su prosa, se registra la dinámica de varias voces que confluyen en un itinerario de abandono y búsqueda. La novela está dividida en dos partes complementarias (subdivididas a su vez en seis partes cada una). Una voz en particular, en diálogo con voces complementarias, articula la historia: presumiblemente alguien que “se salva” para contarla. A través de estos personajes nos situamos en los predios de una historia verificable: diríamos que la novela ejercita un diálogo con el segundo lustro de los 1960, con “los hijos de aquel encuentro mágico entre Marx y Rimbaud soñado en todos los mayos de los años sesenta: cambiar la Vida, cambiar la Historia”, como apuntaría Manuel Vásquez Montalbán.

El novelista reconstruye una saga de personajes que se enredan en esa historia que hizo del país titular de tabloides en todo el mundo. La trama se concentra en una familia, desplazada por las circunstancias, históricas también, de Alemania a Bolivia. Sigue la suerte de tres hermanas, de las cuales una en particular, Monika, ocupa toda la novela. Muchacha joven, inquieta y feral, íntimamente soliviantada por las indetenibles olas inconformes de aquella década de mayos, dejaría una mella indeble en la psiquis internacional de la guerra fría en lo que en aquellos tiempos se llamaba el Tercer Mundo. Algún certero observador de la política internacional dijo alguna vez que “es en Bolivia donde se anticipan en pequeño las grandes cosas que suceden en el mundo. Es allí donde se las ve en forma descarnada, donde se adelanta un ensayo, una minúscula *premier*”.

El viaje que Hasbún narra es un viaje esperanzado que se transforma en uno suicida, es el abyecto decantarse de una familia que se va diluyendo poco a poco, mezcla de evasiones pero al mismo tiempo de enfrentamientos, desnudos y trágicos momentos que en aquellas épocas sobrevivieron como rumores tanto en un continente como en el otro. Es la historia de una generación que

huye y que a falta de un propósito inventa uno, casi imitando la alucinación de los conquistadores, aún en busca del Gran Paitití: “nos espera hace siglos, dijo, llegaremos cueste lo que cueste”, y la de una nueva generación desenraizada, con propósitos de readaptarse a un lugar desconocido.

En este novelar el autor retorna a la escena del crimen y reconstituye por vez primera personajes que adquieren una profundidad anímica creíble, un poco en dirección de la novela de la guerrilla del Che *Que el sueño era tan grande* de Juan Ignacio Siles del Valle (2001) o de la biografía del Che del mexicano Paco Ignacio Taibo II (1996) en la que el maestro Carlos Montemayor destacó “esa mirada para los detalles no políticos pero significativos en la persona”. Hasbún convoca además la coherencia de las intimidades psíquicas de una familia que por “accidentes de la historia” está en Bolivia (la familia del camarógrafo de Leni Reifensahl, aquella de los cuerpos aúlicos, atléticos y arioangelicales).

El diálogo y las diversas perspectivas que animan a los personajes de esta narrativa van desde el *debris* colapsado de Alemania hasta aquel movimiento joven y desesperado de Teoponte en Bolivia. (La narradora repentinamente lo menciona: “Por entonces no sabía ni dónde quedaba Teoponte”). En la novela, dos generaciones se enfrentan: una que deja que el tiempo corra para cavar una fosa y la otra que simbólicamente quisiera deshacerse de sus vínculos filiales y que, en su trayecto, deviene mártir.

El libro de Rodrigo Hasbún tiene también algo de profético: esa escondida historia que se desplaza, en estupor, nuevamente en Europa central en pleno siglo XXI, que es como si hubiera salido de una fosa. La misma historia que después de la Segunda Guerra Mundial continuaba en América Latina, y también en Bolivia, escondida entre conocidos teutones que soboreaban *espressos* en el Club de La Paz (también un capítulo en la novela *Plato Paceño*). La historia que vemos resurgir peligrosa y aterradoramente como eurofilia: como se sabe, “la historia infame” siempre ofrece paradójicas sorpresas, aunque es la literatura la que se adelanta. Y nunca

se sabe quién cava qué fosa y para quién. Quizá por eso Walter Benjamin escribió que “no existe un documento de la civilización que también no lo sea de la barbarie”. Otro observador escribió que “los muertos son mucho más importante que los vivos o los muertos valen más cuando están muertos”. La novela de Hasbún bien podría llamarse “las muertas”.

Serena

En *Serena*, Sulma Montero –poeta, pintora, escritora– explora la posibilidad del romance como desafiando tiempos áridos. Retorna en su libro al espacio de lo posible y hasta se podría decir que resuelve habitar otra vez aquellos momentos celebratorios de la vida que desean el calor de la intimidad, la proximidad, quizá el echar de menos una voz, la nostalgia de haber perdido algo amado. Como tropo clásico de la literatura, el viaje aquí es también un hilo conductor. Entre fecundidad, primicia y celebración, la irreversibilidad tanática convoca a quienes respiramos a ejecutar los ritos necesarios de las despedidas finales.

Esta novela es *ridícula* –reza la contratapa– porque se acerca al romance de Serena y Manuel: dos biogeografías, dos personajes complementarios que, animados por el eros, desandan el altiplano andino, conversan en Buenos Aires, se extienden en el Paraguay, aparecen en Brasil. Entre geografía, lenguas varias y géneros, sobresalen personajes que alientan la complementaria horizontalidad en la comunicación humana.

Un ángulo ecologista afecta la prosa de la novelista que, con entusiasmo, ilustra la vitalidad de las plantas y los colores que, en la reflexión de su protagonista, Serena, “hermanándose con los misterios de la naturaleza” adquieren voces comunicantes que nos alcanzan sus propios mensajes.

El desplazamiento humano entra aquí en regiones que cargan añejas historias de tragedia (la Guerra del Chaco) y que ahora intervienen en forma renovada y viva. También reaparece el guaraní en la cadenciosa y acentuada expresión de Manuel, Tulipa y Tumi: espacio emotivo que, a través de su propia afirmación

lingüística, revela la humanidad que allí florece. “¿Mba’eichapa reiko? —¡Iporâiterei ha nde! Quisiera pensar que el texto rinde algún indirecto homenaje a los personajes de Roa Bastos.

En una visita a Sulma, apenas publicada la obra *ridícula* que ahora comento (Fernando Pessoa decía “que todas las cartas de amor son ridículas”), noté que ella emergía de aquel periodo de soledades y duelo que provoca la muerte de un ser querido. Yo le llevaba un texto de regalo, en el que conmemoraba mi vieja amistad con Jesús Urzagasti. (Sulma estaba sentada a la mesa sobre la que Norma Klahn, ella, Jesús y yo intercambiamos tantas tertulias y mates cebados, la última vez en el 2012).

Cuando leí *Serena*, nombre que alude a la contemplación (activa), intuí que su narradora hallaba en los secretos de la naturaleza “un contrapunto donde las palabras se confunden con los aromas y perfuman con su misterio los sentimientos”. Se enuncia de hecho una apertura a lo que ahora se conoce como plurinaturalismo, una ecoliteratura que nos invita a deshacernos de la re/presentación de la naturaleza que la modernidad cartesiana o baconiana solo narraba como muerta o sin ánimo. En efecto, plantas, ríos, pájaros, árboles siempre participaron de cierto hilozoísmo y ahora nos damos cuenta de que es más compleja que la palabra que la nombra.

Hoy sabemos que, en cuanto ‘naturaleza’, el Chaco no solo es muy diferente del altiplano sino de la Amazonía, diferente del fecundo verdor de las ciudades del Brasil o del Paraguay, diferente de las vorágines a la Eustaquio Rivera y mucho menos un “infierno verde”. Es complemento de lo humano ya descentrado. Así el quebracho y el guaranguay respiran y nos legan mensajes vitales: “Manuel reconoció en la mirada de su madre un manantial de aguas dulces al que acudía a calmar su sed, todo esto en un territorio que podía entender a las mariposas amarillas que sobrevolaban la geografía del origen”.

Serena tiene dieciocho partes y su lectura es un ejercicio poético. Es prosa que traduce la fibra de lo que sobrevive la muerte o el silencio o la soledad: “En otro bote que surca el mismo mar, navega él con sus sueños cargados de tinta negra”.

Plato Paceño

Hablando de multinaturalezas y pluriculturalidades, tuve la alegría de compartir un diálogo con Alfredo Grieco y Bavio gracias a la hospitalidad de Silvia Rivera Cusicanqui, en La Paz. Allí, alrededor de un plato paceño (una coincidencia), surgió una referencia histórica a la palabra “boquerón” que, según Alfredo, ya era usada durante la infame guerra (aunque todas lo son) de la Triple Alianza. Corría el año 2016.

Unos días antes a aquel encuentro, en una visita a Plural editores, ya había visto la novela *Plato Paceño*, una de las sugerencias bibliográficas de mi amiga Ana Rebeca Prada. Ya el título es una invitación a fijarnos en La Paz y quisiera pensar que también una venia a *Imágenes paceñas* de Jaime Saenz, una ciudad-personaje de “doble fisonomía” y que Valeria Canelas describe como “una ciudad ambivalente”. Pero Grieco y Bavio retrata una ciudad de espacios ya no solo ambivalentes sino plurivalentes, más cercana a lo que Marc Augé llamó los *no-lugares*. Es cierto, los tiempos cambian, y muchísimo, especialmente si releo a don Julio de la Vega y su *Cantango por dentro* (1986) que también se centra en La Paz, pero en tanto ciudad rememorada y no cotidiana.

Se podría decir que en *Plato Paceño* se recupera el itinerario de Concolorcorvo y su primeriza guía viajera de tiempos coloniales. Pero el suyo es un ir y venir en el que son varias las modernidades al alcance: Europa, Argentina, la Amazonía, reflejo acaso de lo que Silvia Rivera Cusicanqui llama “una condición *ch'ixi*”, el espacio ambiguo donde se entrecruzan múltiples tiempos, orígenes, lenguas, géneros, etnicidades, *no-lugares*: “un fértil proceso de articulación, yuxtaposición, contradicción entre diversos horizontes de pensamiento y acción”.³ Mauricio Souza, en un comentario sobre *Plato Paceño*, lo precisa aun más: “En esta novela nada está claro, nada persevera en lo que dice o cree ser, todo deviene y cambia, como en un gran y ansioso proceso sin dirección aparente”.

³ *El Colectivo 2. Memoria y presente de las luchas libertarias en Bolivia*. Tembladerani: Piedra Rota, 2011, p. 5.

¿Cómo novelar esos mundos *ch'ixi*, aparentemente inalcanzables o constantemente desplazados, efímeros, casuales o de casualidades/causalidades, imposible de capturar en una pasantía? No es un accidente que Alfredo haya residido en Bolivia con insistencia: es un testigo ocular y auditivo. Y su libro es parte de una rica literatura postnacional: lo argentino se disuelve en lo boliviano y viceversa.

En la novela, el narrador Andrés se desplaza de la Argentina a Bolivia y en su camino de residencias temporales y sistemáticas, choca una viva pluriculturalidad, gajes del “trabajo de campo”, de una “inmersión total”, del “observador participante” (este último un concepto que el antropólogo Michael Taussig siempre consideró una especie de esquizofrenia). Y, al mismo tiempo, es una novela de la cotidianidad en la que aparecen el sumaq qamaña, los jilatas, la lingüística aymara, una wawa, el CIDOB, el Hotel Alaska, los mensajes de correo electrónico, los blogs, las tensiones de pareja y se insinúa algo que podría ser una “etnografía del humor y del rumor”.

Como un trasfondo o telón, los cambios o “transformaciones sociales” sociales se sugieren en *Plato Paceño* mientras los entreverados personajes se desplazan no solo por un territorio: el de las dificultades de la certitud, de las ambigüedades del traducir, de los límites de la palabra, de la fuerza de la imagen, de la presencia del sexismo, del clasismo, del prejuicio racializado, de las emociones y afectos, *pathos* y *eidos* incrustados en conversaciones que rara vez emergen en los “estudios sistemáticos” (que aun tienden a afirmar precisiones del dualismo cartesiano, “ese deseo inútil de comprender”). Y Andrés aparece ahí, provocándonos y traduciendo, como un tamiz que detiene lo menos digerible o afinando una filología popular: “posero el gaucho, yaaaaaaaaa”.

Plato Paceño es una novela que nos hace tambalear, nos examina, nos obliga a salir de nuestras zonas cómodas, nos abre mundos, aquí y allá, en constantes tensiones, asunciones y presunciones. ¿Cómo sabemos lo que sabemos? ¿Cómo entender Bolivia? ¿Qué es la Argentina?